

LA DANZA Y «LA ARGENTINA»

Paul Valery, temperamento de filósofo con sensibilidad de poeta, ha escrito muy bellas y sutiles páginas sobre «el alma de la danza». En el ensayo que lleva este nombre, hace dialogar a Sócrates con Fedra y el médico Erixímaco. Esos tres, ambiciosamente, quieren saber qué representa la danza, cuál es su sentido profundo, la fuerza espiritual que alienta en su interior. Pero no están de acuerdo entre sí. Cuando las bailarinas, como el coro de la tragedia, aparecen en medio de la conversación, Sócrates dice de ellas que «sus manos hablan y sus pies escriben...» La danza, observará luego, representa «nada y todo. El amor como el «mar y la vida misma, y los pensamientos... ¿No sienten ustedes—les dice a sus acompañantes—que ella es el acto puro de «las transformaciones?»

Definición trascendente que nos acerca al misterio de este arte que emana de la esencia de la naturaleza, de las mismas fuentes vitales del ser. Podrán variar las culturas, costumbres y en general, las distintas modalidades de la vida: pero siempre quedará, como una constante fundamental, la expresión, por gestos y movimientos, de la más íntima personalidad humana. Cualquiera que sea su forma de exteriorización a través del tiempo, la danza será la más pura voz en que el hombre dé su dolor, su alegría y todos aquellos sentimientos y pasiones que por su profundidad y misterio no tienen otra manera de hacerse sensibles.

Cuando la Argentina, de espaldas al público, se presentó en el escenario del Municipal y dió comienzo a sus primeros pasos, teníamos delante de nosotros a una



bailarina. Una gran bailarina sin duda. Elegante, ágil, plástica en sus giros. Si la música venía hacia ella, para inspirarle sus movimientos expresivos, ella iba hacia la música para enaltecerla y darle forma carnal. Pero, en el curso del recital, la bailarina fué lentamente como borrándose, desapareciéndose, para quedar tan sólo, en el tablado, una vibración apasionada o, por así decirlo, sentimientos en acción, en que lo incorpóreo, lo abstracto, parece herir y conmover directamente la sensibilidad. Esos espectadores, embriagados de rit-

mos, parecen escuchar un misterioso mensaje o contemplar, en su raíz, el torbellino de la vida, mediante un cuerpo humano que, de pronto, ha recuperado su forma y poderes maravillosos.

Se anuncia, después, la danza del fuego. La música de Manuel de Falla se apodera de la bailarina y ésta, con todo el enardecimiento de una poseída, ondula, como ondula la llama movida por el suave o riguroso viento. Dentro de la estilización más perfecta, fué sensación de libertad, de frescura, de espontaneidad. Está rígidamente sometida a los más sutiles ritmos y su expresión es natural, de la más salvaje naturaleza. En eso se conoce la profunda autenticidad de su arte soberano.

Cada baile de esta mujer admirable es el drama de sí misma, de la mujer que se consume en la llama azul de sus propias venas.

* * *

La Argentina, con su genio personal y su intuitiva sensibilidad, ha logrado reintegrar a la danza popular española su sentido primitivo y trascendente, el mismo que tuvo en sus orígenes remotos o desconocidos, dándole en los tiempos actuales, mediante lo egregio de su arte, un carácter original y novedoso.

De ahí su éxito frente a los grandes públicos. Despierta sentimientos sepultados, nos hace soñar. Su arte es de resurrecciones. Toda verdadera bailarina es una maga que apronta, no a los hombres de este o aquel clima, de este o aquel tiempo, sino al hombre como especie dentro de lo eterno.

MANUEL VEGA.